

vida humana. Es interesante hacer notar que ya en la época doctrinaria, y quizá reflejando indirectamente el pensamiento hegeliano, veía en Napoleón la encarnación de la inteligencia imperante y, más tarde, veía en Napoleón II la «justicia de Dios». Puede cruzarse aquí la distinción dorsiana entre el político y el retórico con la distinción, finalmente establecida por Díez del Corral, entre el legitimista y el decisionista. El retórico sería más bien legitimista; el político, esto es, el mismo hombre, como hemos visto, pero a la hora de las soluciones prácticas, sería decisionista. Como vemos, tampoco hay aquí contradicción, sino rasgos complementarios.

Mucho más fácil es ver cómo no hay contradicción entre su ascetismo y su vida de intelectual y diplomático en los más refinados círculos europeos de entonces. Con razón le comparaba Hübner con un español de la Contrarreforma, esto es, con aquel tipo de hombre que no se replegaba del mundo, sino que pretendía salvar cristianamente al mundo. Su ascetismo personal rigurosísimo en los últimos años se proyectaría, por un lado, en su generoso desprendimiento para ayudar a los necesitados; pero, por otro, en el riguroso cumplimiento de su deber diplomático y de su vocación intelectual; éstos le llevaban a una activa vida social en los más altos círculos españoles, franceses y alemanes. La caracterización de Hübner sigue pareciéndonos certerísima. Tampoco aquí hay contradicción alguna, sino simplemente complementariedad. Quizá más que los aciertos o errores concretos, sea esta riqueza de facetas la que haga más estimable y simpática su figura.

### III.—LA FAMA DE DONOSO

Fué en su tiempo uno de los escasos españoles que alcanzaron viva y efectiva fama fuera de sus fronteras. Fué también uno de

los más discutidos dentro y fuera de España.

Primero empezó por discutirse en su época doctrinaria, en la cual su fama era casi privativamente española, por suponerle excesivamente afrancesado; ya hemos visto cómo en parte esta acusación es justificada, puesto que utiliza ideas francesas, pero cómo, en parte, no lo es, porque la sabe dar un cuño español y personal. En cuanto a las acusaciones de galicismo en el lenguaje, hoy nos parecen bastantes ridículas. No cabe duda que enriqueció y robusteció considerablemente el lenguaje. Por otra parte, como ya entonces vió con razón Alcalá Galiano, lo francés no es exclusivo en él, sino que a través de ello recibe ideas de otras partes: inglesas, sobre todo en su época doctrinaria; alemanas, sobre todo en su época contrarrevolucionaria, aunque no falta ya algo de Hegel en la primera época.

Comienza, con la emigración en París, a tomar contacto personal con los doctrinarios franceses, y ya se inicia el reconocimiento de su valor en aquel país. Reconocimiento que demuestra su calidad de miembro del Instituto histórico francés y la amistad y alta consideración intelectual que siempre le tuvo Guizot, incluso después de haberse separado del doctrinarismo. Pero es, sobre todo, a partir de su época contrarrevolucionaria, cuando adquiere una dimensión europea. En Alemania, donde ya su amistad con el ilustre diplomático e historiador del Arte, Raczinsky, cuando éste era ministro en España, le abrió muchas puertas, se enlaza con el círculo contrarrevolucionario alemán, sobre todo a través de Buss, y más tarde sus escritos serán altamente apreciados por las dos mejores cabezas alemanas de entonces: el filósofo Schelling y el historiador Ranke, y más tarde el propio Bismarck hablará de él con consideración, si bien alineándole entre los enemigos de la unidad alemana. En Rusia, a tra-